

CAPÍTULO IV

NUESTRA POBREZA

SUMARIO

1. Un auto examen de conciencia para el lector	IV-1 / 147
2. El casamiento de mis padres en la Gran Depresión.....	IV-4 / 150
3. ¿Los libros me sacaron de la pobreza?	IV-6 / 152
4. Lecturas leves de un hombre adulto	IV-9 / 155
5. Los contrastes económico-sociales de mis veinte años	IV-10 / 156
5.1. La vestimenta.....	IV-10 / 156
5.2. Mojarse los pies	IV-11 / 157
6. Habilidades profesionales	IV-11 / 157
7. Complejo de pobre.....	IV-12 / 158
8. Mi salud y la Universidad.....	IV-14 / 160
9. Otros contrastes	IV-14 / 160
10. Reflexiones sobre la pobreza en mi vida.....	IV-15 / 161
11. Los tomos de papel como prioridad en extinción.....	IV-15 / 161
12. Nunca regale un libro que no ha leído.....	IV-17 / 163
13. Libros eternos, antes o después de Gutenberg y de corta o larga vida, incluso eternidad, en <i>Internet</i>	IV-17 / 163
13.1. Obras eternas	IV-17 / 163
13.2. Mi placer sensorial, hoy	IV-18 / 164
13.3. ¿Cómo llegué a este estado de ánimo?.....	IV-19 / 165
14. Los libros digitales: La biblioteca pública universal	IV-20 / 166
14.1. Las virtudes de la <i>web</i>	IV-20 / 166

14.2. La ecuación económico-financiera de los libros digitales	IV-23 / 169
14.3. El libro en papel y el libro digital.....	IV-23 / 169
14.4. Los tomos en papel y su ansia insaciable de paredes ..	IV-24 / 170
15. La lectura tecno contemporánea	IV-25 / 171
16. Los errores financieros.....	IV-26 / 172
16.1. ¿Betamax o VHS?	IV-26 / 172
16.2. La máquina Singer de mi suegra	IV-27 / 173
16.3. Una <i>notebook</i> de 1984 y sus chips de memoria.....	IV-27 / 173
16.4. Un monitor gigante, antes de las pantallas planas.....	IV-27 / 173
16.5. <i>Wang</i>	IV-28 / 174
16.6. <i>Apple vs.</i> clones de <i>IBM</i>	IV-28 / 174
16.7. La red ARNET de ENTel.....	IV-28 / 174
16.8. Un balance distinto.....	IV-29 / 175
16.9. El balance final, sin números	IV-30 / 176
16.10. El balance de mis descendientes.....	IV-31 / 177
17. La tableta <i>vs.</i> la <i>Notebook</i>	IV-31 / 177
18. ¿Será al fin la pobreza otra vez?	IV-33 / 179
19. Distintas pobrezas, hoy. Los asentamientos urbanos.....	IV-34 / 180

Capítulo IV

NUESTRA POBREZA

1. *Un auto examen de conciencia para el lector*

Al llegar a este punto, si el lector ha leído lo relativo a otros aspectos del tema, le toca el momento de bucear un poco más dentro de sí mismo, como parte del mismo proceso de introspección que quizás la lectura le ha generado. Todos tenemos algunos miedos reprimidos: A la enfermedad (a los jóvenes y adultos sanos no les gusta oír de las enfermedades ajenas; suprimí por ello dos capítulos y toda mención relativa al cuidado de la salud), a la vejez (los viejos a veces son menospreciados o cuanto menos ignorados), a la muerte (existe un profundo culto a los muertos, que no es con todo mi objetivo), pero hay otros miedos más. Entre ellos trato también el miedo al hambre, que no solemos tener a menos que carguemos con alguna historia familiar más allá de nuestra percepción consciente.

También hay miedos disociados: Mi *cerebro* no tiene miedo a los viajes aéreos, ni siquiera se inquieta por las turbulencias, pero mi *cuerpo* en cambio registra cada vuelo con un cansancio inhabitual y una necesidad extra de amplio descanso. Transamos: Mi cuerpo acepta viajar, mi cerebro atiende sus reclamos de reposo; trato entonces de no aceptar ningún paseo ni reunión, siquiera social, antes de un día y medio o dos después del aterrizaje y en consecuencia viajo a cualquier evento por lo menos dos o tres días antes de su inicio.

La pobreza campestre del gaucho es cantada con loas por innumerables canciones folklóricas, a veces mezcladas con un reproche al dueño de la tierra, aunque no al comerciante del pueblo. En esa versión el pobre es bueno, de espíritu superior, generoso, desprendido, solidario. La escucho hoy, sobre todo, en las radios locales del campo y no conozco versiones folklóricas que se refieran a la pobreza urbana y suburbana que hay en cada pueblo de campo.

Ése es el terreno del que se ocupa en cambio, en Buenos Aires, el tango, junto al conventillo, los arrabales, las peleas de cuchilleros y los guapos del 900.

Son dos pobrezas distintas. Nací en un pequeño pueblo, como dije, frente a una calle céntrica asfaltada, con luz, agua corriente y cloacas. En Avellaneda, tanto el bar como luego nuestra casa estaban sobre el empedrado, con luz eléctrica y todos los servicios urbanos y no eran inundables como sí lo era la calle Paláa, cuyos desagües recién más tarde empezaron a funcionar bien.

Ver el gráfico de la p. 236.

No celebro, idealizo ni tampoco lamento, cual el folklore o el tango, la pobreza en que nací. Pero me alegro, por supuesto, que gracias al esfuerzo y la inteligencia de mi padre y el propio esfuerzo que instaló en mi espíritu, pudimos superarla y disfrutar los beneficios que cuento en este libro.

Si me tocara volver a enfrentar la pobreza, ella me quitaría la constante actualización tecnológica que mi trabajo necesita y la atención que mi salud por su parte requiere. La imagino como las notas torturadas del *Requiem* de MOZART, inconcluso a su muerte en 1791. Me conmueven, me estremecen, pero no creo temerles. Su registro se adelanta al de *La Tormenta* de BEETHOVEN, otra de mis preferidas junto a su *Appassionata*. No conozco música, proyecto en ese arte ajeno los sentimientos que su magma me inspira. Como dice MARTA ARGERICH de toda la música, "nos transporta, nos saca de nosotros mismos, nos pone en un paréntesis que ya no es nuestra vida" y recuerda cómo los kamikazes pedían escuchar TCHAIKOVSKY o BEETHOVEN antes de su misión.

SCALISI, CECILIA, "El enigma Argerich," *R. La Nación revista*, 17-XI-2013, p. 26.

Ahora bien, cada cual vive como puede el temor a la pobreza propia o ajena. Existe una variante de miedo o fobia que se manifiesta como resquemor o resentimiento contra los pobres de antaño que han dejado de serlo, un rechazo instintivo a que se atrevan a estar próximos a él, que "nunca fue pobre." El *parvenu*, el "venido a más," le amenaza la seguridad inconsciente que *necesita* para su paz espiritual. Es el miedo a ser alcanzado o superado por otro a quien consciente o inconscientemente juzga o siente inferior, por no tener la estirpe que se atribuye.

El mecanismo de autodefensa que ese tipo de fobia a veces utiliza es pretender que el otro no existe, ignorarlo, excluirlo de su círculo áulico, cortarle el paso de los pasillos de poder (intereses, relaciones, negocios) que frecuenta, no aceptarlo en las cofradías que integra. Se olvidan que hasta las casa reales europeas incorporan plebeyos a la familia real. Tales fóbicos, que sin embargo nunca estuvieron a la mesa de un rey, a menudo fingen un abolengo que no tienen sino en su febril imaginación.

Si el otro sufre por esto, él es feliz: La exclusión y la espiral de silencio funcionan y lo protegen en su coraza de cristal que cree de acero. Si el otro en cambio ignora esas exclusiones y encuentra otros senderos para realizarse y seguir progresando en los infinitos caminos de la vida y del mundo, entonces su resentimiento puede

llegar al odio irracional, más allá de las posibilidades de su control consciente. Por ello como sujeto no es moralmente reprochable, es un *karma* que arrastra como eternas cadenas. Ésa es su condena. Por su historia de ideas proteicas se ha confinado, merced a su propia falta de esfuerzo, a las rígidas fronteras de la lengua. Fuera de ellas no se lo encuentra.

Me han contado de una persona que dijo: “Eso no se lo deseo *ni siquiera* a mi peor enemigo: Ni siquiera a Fulano.” A veces podemos incluso leer: “*Ni siquiera* Fulano ha llegado a sostener eso.” “Obsérvese que *ni siquiera* (...) ha sostenido semejante principio.”

Ésta es una cita textual de una publicación contemporánea.

Fulano, el otro, pareciera aproximarse al más execrable de los hombres, en lo más recóndito de su inconsciente, pero a veces no puede evitar la fascinación de imitarlo sin control consciente, como una compulsión, hasta en detalles cromáticos. El lector agudo y atento lo habrá observado. La imitación aparece disfrazada de crítica insidiosa, pero es imitación al fin: No sería censurable si reconociera la fuente, pues la imitación honesta es una de las fuentes de la creatividad.

La copia y entramado expreso de palabras ajenas fue el *leit motiv* de mi presentación en Buenos Aires de EDUARDO GARCÍA DE ENTERRÍA, que él luego eligiera como prólogo a su libro *Conferencias de Argentina*. El resultado fue poético, como poéticas eran las palabras de BORGES con las cuales enhebré mi homenaje. La copia y la imitación, si son honestas y no plagio, son una de las fuentes de la creación.

Se encuentra reproducido en el Libro II de este t. 10, sección V, p. P-27 y ss, 737-40.

En el plagio descarado e inconfeso se forma un lazo dialéctico conflictivo e inextricable entre imitador e imitado. El cultor del poder, en su infinita habilidad para desempeñar su rol en la historia, puede también disfrazarse de perseguido para iluminar su pátina de tiempo, pareja y gris.

Lo suyo es el orden, lo proteico y maleable, la simpatía, las excelentes relaciones de poder. Es una suerte de no-discípulo que quiere ser maestro, *caposcuola* pero en lengua castellana, para mostrar atributos de mando, de superioridad en el poder, como si *eso* tuviera valor alguno.

En cualquiera de esas variantes y otras intermedias lo que está en juego es la pureza del espíritu, que permita al lector no perder el respeto a quien cuenta su historia, como si haber sido antes pobre y no serlo hoy fuera un demérito, un salto de clase inadmisibles para quien partió de la pobreza.

Hace siglos, en sociedades feudales, esto era entendible. Pensarlo hoy es un problema para la psicopatología.

La pobreza que aquí cuento no es la propia sino la de mis padres. Sus grandes esfuerzos frente a la adversidad fueron exitosos y heredé muy temprano esa filosofía de vida. Me recibí de abogado en 1959 (a los veinte años), me doctoré y

fui designado profesor adjunto de la UBA en 1960. (A los 21 años, menor de edad en aquel tiempo.) Ese mismo año fui designado profesor de un Centro de la OEA en Buenos Aires, de postgrado interdisciplinario y así viajé seguido por América Latina, enseñando y aprendiendo.

Ver también *infra*, cap. V, § 6, p. V-11 / 197 y cap. IX, § 6, p. IX-9 / 249.

Entré a trabajar al año siguiente (en 1961, a los 22 años) como Abogado Principal de la Procuración del Tesoro de la Nación. En ese tiempo la pobreza había quedado atrás y pude darme el lujo de educar luego a mis hijos y, desde antes, sostener a mis padres.

La lucha por la vida la enfundé dentro del esfuerzo por el progreso intelectual y por eso *mi desarrollo material fue la resultante, no el motor, de mi crecimiento intelectual*. En 1969 fui designado profesor titular por concurso, fui decano. Todo eso lo hice integrando la clase media–media.

Décadas después mejoraron mis ingresos, justo a tiempo para enfrentar las inversiones tecnológicas hoy indispensables para no retrasarme en los tiempos que corren. Como decía mi padre, soy un tipo con suerte.

Pago mis impuestos desde 1961 y hoy exhibo con orgullo, en el sitio web, la “data fiscal” correspondiente que enmarca y da color al contexto. El mismo color *cian* que utilizo en esta colección, como lo hice en el tratado desde 1974 en adelante.

Ampliar y comparar *infra*, § 13.2, tercer párrafo, p. IV-18 / 164; cap. X, § 5, p. X-6 / 266.

Una anécdota de mi ex–contadora, habiendo recibido una citación de la AFIP para que explicara un nivel de gasto tecnológico más propio de una PYME que de un profesional independiente: “¡Y qué quiere, con la edad que tiene, todavía sigue trabajando!” Va implícito que además de trabajar y no usar la seguridad social, sigo contribuyendo al sistema...

2. *El casamiento de mis padres en la Gran Depresión*

En plena Gran Depresión, 1934, mis padres se casaron. Mi padre tenía orgullo no obstante la pobreza de los tiempos que le tocó vivir, orgullo que mantuvo incólume en toda circunstancia y por toda su vida. Ese orgullo lo heredé también y hoy lo llamo “complejo de pobre.”

Lo digo porque no todos saben respetar la pobreza ajena. Sentí, en algún lector que no menciono en la lista de agradecimientos, que me dejaba traslucir su curiosa pérdida de respeto hacia mí al leer algunos relatos de la pobreza de mis progenitores y mis esfuerzos tratando de imitar a mi padre para otras épocas y otras circunstancias, para superar las limitaciones de distinto tipo que nos signaron, a cada uno de manera diversa. ¿Cómo puede alguien menospreciar al que hace un esfuerzo mayor que él?

Ello, unido al consejo de un querido amigo, me ha llevado a borrar también esos recuerdos de mi relato, por pura y simple preservación ante la perversidad de quienes han intentado hacerme mal y siguen haciéndolo cada vez que pueden. Ese mismo amigo me dijo en mi peor década, “Agustín, si te dicen que sos paranoico, te advierto que no lo sos. Te persiguen de verdad.” Pero no me han doblegado, eso está heredado en mi DNA, la más preciosa de las herencias.

Aunque borré los ejemplos, de todos modos mi persona surge de las enseñanzas de mi padre en el lugar común de trabajo, en el contexto de su pobreza en la Gran Depresión y nuestra condición de clase media-media en mi niñez y adolescencia, clase media alta después. La necesidad puede así ser una fuente de buenas enseñanzas y aprendizaje cuando la familia es liderada por un hombre de las cualidades y entereza de mi padre.

Pero no he luchado aislado contra el mal, nunca. Toda mi vida encontré por doquier gente de buen corazón, en números mayores a los que han tratado de dañarme. Con su ayuda, una y otra vez, he podido absorber los golpes y seguir mirando adelante con renovado optimismo, sorteando los nuevos obstáculos del sinuoso camino. Me ayudó a desarrollar la aptitud para adaptarme a los cambios de la vida.

En 1935 nació mi hermana Hebe, lo que llevó a mi padre a atravesar el pueblo en pleno invierno, de noche, buscando a la partera. (Obvio, no había teléfono ni vehículos.) Adquirió así un problema pulmonar que lo acompañó toda la vida. A pesar de su poderoso físico, perfeccionado en la juventud, la salud no lo favoreció. A la inversa, he sido cuidadoso con mi salud salvo el peso y la sedentariedad.

En 1938 nací yo. Según me contó mi padre, a los once meses tuve una enfermedad intestinal que llevó al médico a recomendar que volviera a la leche materna. También me dijeron que me olvidé de caminar, aunque no parece que con esa edad pudiera caminar más de un paso. Estoy contando anécdotas recibidas hace muchas décadas.

Nuestra vivienda estaba dentro del importante club social del cual mi padre era encargado y concesionario del bar. Guardé una idea aproximada de la disposición de nuestras habitaciones, de las dependencias del club, del inmenso patio que llegaba hasta la calle de atrás de la manzana, la biblioteca del club que daba al frente, la cancha de bochas al costado, todo en un edificio que no porta signo alguno de pobreza.

Siendo pequeño, me parecía de dimensiones monumentales. Cuando hace pocos años regresé a Ascensión, en compañía de mi mujer, tuve un *shock* depresivo. En primer lugar, el pueblo era pequeño y, si bien pintado y arreglado, tenía casas abandonadas y destruidas. En el 2006 eran cerca de 2.500 habitantes.

¿Cuántos habrán sido en 1934, 1940? Yo ahora medía 1,70 m. Y descubrí que en mi recuerdo el club estaba agigantado en la memoria de mi estatura infantil, desde la entrada en más. Ahora al verlo con estatura de adulto todo parecía erróneamente diminuto, triste, apagado, gris. Mi depresión regresó así por un instante, *ex post facto*, al volver, sesenta años después, a lo que fue la casa de mi primera infancia.

Pero es obvio que lo que me deprimió no fue el lugar sino todas las ausencias irreparables que albergaba.

Ahora se está enmendando mi memoria al revisitar el recuerdo, escribiendo y reconstruyendo o deconstruyendo lo que quedó en la retina de mi alma. En estas páginas ya no tengo la memoria depresiva, al darme cuenta que en mi niñez todo el para mí amplio club estaba a mi disposición, para recorrerlo según mi libre albedrío. Así, gocé siempre de plena libertad en su predio de más de media manzana para moverme a mi antojo.

En Avellaneda, fue la terraza del bar y el Mercado cerrado durante el día y el fin de semana, pero al que podía entrar y explorar a mi gusto. Más grande, pedaleaba por sus largas aceras en mi bicicleta.

La extensión del predio se puede apreciar en el gráfico de la p. 236.

He visitado con mi mujer muchos otros pueblos pequeños de la Provincia de Buenos Aires y los encuentro deliciosos: El recuerdo triste no se repite.

3. *¿Los libros me sacaron de la pobreza?*

La influencia de esa biblioteca de libre acceso en mi infancia, sumada a saltar el primer grado inferior de la escuela primaria, debe haber tenido también un efecto determinante en mí, sumatorio a todo lo demás que he explicado. Recuerdo que en Avellaneda, en sexto grado de la escuela primaria había leído la colección completa que empieza con *Tarzán de los Monos*. (EDGAR RICE BURROUGHS.)

Luego seguí con la colección *Robin Hood* de tapas duras amarillas, de precio accesible, donde estaban muchísimos de los grandes clásicos de la niñez y la primera adolescencia. Algunos los recuerdo con memoria visual borrosa de su tapa, otros de distintas colecciones. Pero, en uno u otro lado, son los héroes y el deleite de todo niño: JULIO VERNE, ALEJANDRO DUMAS (padre e hijo), SALGARI, ZOLA, WALTER SCOTT, RIDDER HAGGARD, DANIEL DEFOE, todos los demás y sus múltiples creaciones y personajes que quedaron en mi mente: *Cien mil leguas en viaje submarino*, *Los tres mosqueteros*, *La estocada de Nevers*, *El último de los Mohicanos*, *El hombre de la máscara de hierro*, *El corsario negro*, *Simbad el marino*, *Robinson Crusoe*, *Las minas del Rey Salomón*, *El tigre de la Malasia*, *Capitán Hook*, *Ivanhoe*, *Los Caballeros de la Mesa Redonda*, *El Rey Arturo*, *Sir Gallahad*, *Ricardo III Corazón de León*, *El mago Merlín*, *Saladino*, *Ayasha*, *Ella*,

la de los diez mil años, Nostradamus, El pirata, Miguel Strogoff, El jorobado de Notre Dame, Barrabás, Alí Babá y los cuarenta ladrones...

¡Tantos sueños y ensoñaciones juveniles! ¡Tanto para disfrutar y recordar de la primera adolescencia!

A todos ellos más tarde hube de darlos de baja. Su momento mágico había pasado.

También en esa época temprana de la escuela secundaria y la adolescencia estaban CRONIN, ZWEIG, LESLIE CHARTERIS.

SIR ARTHUR CONAN DOYLE y su *Sherlock Holmes*, me gustaron, desde luego, aunque lo que más me impresionó fue que el propio autor se cansara de su brillante creación y decidiera darla por terminada a pesar de su éxito. La motivación, aún coronada por el éxito, puede extinguirse.

Le ha pasado a infinidad de escritores y hasta filósofos, si consideramos la versión de la muerte de SÓCRATES que da I. F. STONE, el autor de *The Trial of Socrates*, a su vez producto de una vocación tan tardía y postergada como la mía aquí. Me causó mucha gracia, aunque es un asunto bastante serio, que el autor hiciera un especial reconocimiento y una expresa “libación” (à la BRASSENS) al “*large fat black*” cuerpo 24 de *Chicago Bold* en su *Mackintosh*, que le permitió superar la dificultad visual de sus décadas finales para escribir el libro. Quise utilizar el *Chicago Bold* para ilustrar esa frase pero no figura entre los tipos hoy disponibles de *Windows* ni de *Apple*.

Por mi parte, estaba hasta hace poco disfrutando de pantallas cada vez más grandes, en las que puedo poner *Vista/Ancho de Página* para utilizar todo el frente del monitor y además elegir los cuerpos que me plazca de la cada vez más generosa oferta visual de las computadoras actuales. El cuerpo 24 de *Times New Roman* (soy abogado, después de todo) lo utilizo a veces, aunque en general empleo el 12, 14 ó 16. Las notas en el texto de este libro están compuestas, en pantalla, en cuerpo menor y con *indent*. En años jóvenes utilizaba los cuerpos 6 y 8 para las notas. MARIENHOFF utilizaba un cuerpo gigante, que fue respetado en sucesivas ediciones posteriores a su muerte.

La tecnología abre mundos nuevos también para las personas que ven sus capacidades físicas disminuidas, por lo que son los más viejos —que suelen tener menos deseos de actualizarse— quienes debieran tener el máximo interés en aprovecharlo, como instinto de supervivencia. Los jóvenes también, en cuanto aspiren a llegar allí.

Durante la secundaria fui pasando por lecturas intermedias, como *Los deberes del hombre*, de MAZZINI, con lo que provoqué una vez la hilaridad del aula, que entendía, entonces como ahora, de *derechos* pero no de *deberes*. En la adolescencia pasé a HERMANN HESSE (*Demián, El lobo estepario, Siddharta*), FREUD (*Obras*

completas), ARISTÓTELES, SCHOPENHAUER, JUNG, ADLER, tantos otros, antes de entrar a la Universidad. Con el correr de los años se agregaron KROPOTKIN, LAO TSÉ, BRONOWSKI, GRACIÁN, ARAGÓN y así continué, hasta el presente. Seguí teniendo mis lecturas superficiales y ellas también fueron a la hoguera virtual en diferentes etapas. Algunos clásicos leí de joven, SÉNECA el más notable, pero a la mayoría los comencé a leer de a poco, desde mi edad adulta, cada vez con mayor fruición.

En la Facultad *me apuré a recibirme para* (en lugar de memorizar y repetir información perecedera) *seguir estudiando y leyendo con productividad*. Sabía que repetir información no lo era.

Sin espacio para indagar, criticar, cuestionar, aplicar, pensar, todo el tiempo empeñado de ese modo era improductivo, en ese lugar como en cualquier otro. Eso se sabe desde la escolástica, aunque no se lo aplique, por las razones que explico en este libro.

Quería terminar cuanto antes esos tiempos improductivos para luego enseñar lo que de verdad estaba aprendiendo, que por cierto no era repetir ni contar información que está publicada. Desde GUTENBERG la tradición oral no debiera dedicarse a transmitir información que es necesaria pero a la cual se accede con facilidad, sin necesidad de tutor, clases ni exámenes de información aislada, o para peor dictada e incluso leída. Hay que saber buscar y *encontrar* la información pertinente, por supuesto, pero luego lo principal es determinar qué uso se hará de ella.

Por eso los exámenes de entonces los tomaba a libro abierto (hoy sería con tableta o *notebook* y *Wi Fi*), cada vez con problemas nuevos. Me preció de no haber nunca exigido en la UBA el conocimiento memorístico de libro o norma alguna, pues los tenían —todos los que quisieran— en sus manos, delante de su vista. Como en la profesión, era necesario saber encontrarlos y luego determinar su correcta aplicación al problema.

En la Universidad Nacional de La Plata lo más común eran los exámenes teóricos, que se tomaban de esa manera. No pude escapar a la regla.

Logré pasar la Facultad sin por ello *interrumpir mis verdaderos estudios*. Dedicué mis mejores esfuerzos a pensar y luego, desde aquel ámbito, a *enseñar a pensar*.

Sé de abogados grandes, ex alumnos míos de grado y postgrado, que recuerdan como exitoso mi método de enseñar a pensar.

Los alumnos brillantes, es claro, lo eran *antes* de ser alumnos míos. Por ser brillantes no se amilanaron a mis desafíos docentes y se destacaron aún más y me enseñaron mucho desde el pupitre y después.

Ubico por su apellido a notables que fueron alumnos míos pero no lo registran en su memoria o al menos no me lo han mencionado nunca.

Otros me han distinguido con su recuerdo, como se puede ver en la obra de MARIO REJTMAN FARAH, *Diálogos con Agustín Gordillo*, que figura como Libro II en este tomo 10. Me honran con su recuerdo entre otros, los participantes del homenaje que coordinó ISAAC AUGUSTO DAMSKY, sección III, pp. 637-84, 689-98 y los cuatro comentarios de la sección IV, pp. 689-698.

Es normal que un profesor se acuerde de sus alumnos y no a la inversa. Más de una vez estuve seguro de reconocer en la calle el rostro de un ex alumno, sin que su mirada devolviera mi recuerdo.

Aprendí que el contacto de la vista (*eye contact*) es indispensable para hablar a cualquier auditorio (para saber si mantiene su atención) y también para caminar por la calle. (Para avisar a un posible ladrón que se lo ha visto, se está preparado y también se lo recordará.)

En un caso, el padre de dos hermanos que cursaban al mismo tiempo conmigo vino a agradecerme la enseñanza que les daba a sus hijos. Supongo que ellos habrán comentado en casa los problemas que yo planteaba, como muchos alumnos y alumnas decían hacerlo con su familia. También tuve una vez de alumnos a una pareja casada, muy joven, que me contaban que de noche se quedaban discutiendo mis casos en la cama hasta las 3 de la mañana.

De la pobreza material en Ascensión surgió, en todo caso, la simiente de la riqueza intelectual y con ella un buen pasar económico desde los 23 años, estudiando y escribiendo, trabajando por placer, produciendo.

4. *Lecturas leves de un hombre adulto*

De adulto también leí novelas intrascendentes, aunque es para mí un rango casi en extinción en mis últimos años. Vendí como viejos, por monedas, JOHN LE CARRÉ, LEN DEIGHTON, tantos otros. Todos los *best sellers* de espionaje, guerra fría y las infinitas variedades de estos géneros policiales y de aventuras. Estaban casi todos en inglés, algunos en alemán. El precio fue el del quioskero de Avellaneda.

Conservo, aunque no la volveré a hojear, la hermosa colección lujosamente encuadernada en rojo con letras doradas, 22 voluminosos tomos de las *Œuvres Complètes* de SAN ANTONIO (FRÉDÉRIC DARD), *Éditions Fleure Noir*. El lujo extremo de las tapas de la edición (más la deliberada y ostensible inferior calidad del papel interior) son otro humorismo del novelista, que se explica en el volumen I, p. 5, desarrollando cómicamente, sin decirlo, una reflexión sarcástica de SCHOPENHAUER. Guardo también MARIVAUX, BRASSENS, otros autores franceses.

Aquellas ventas fueron indoloras, pues eran parte del indispensable lugar para nuevas lecturas. Con el mismo destino final, tuvieron y tienen para mí una resonancia diferente las novelas o *best sellers* de abogados, como las de GRISHAM (*The Pelican Brief, The Firm, The Street Lawyer, The Litigators*) o las de Perry Mason.

El personaje bisoño de GRISHAM en *The Litigators*, por su parte, recurre a *reruns* (repeticiones) de viejos programas de televisión de la serie de Perry Mason, no a las novelas que ni en Estados Unidos se consiguen hoy. Las novelas son algo más complejas y más argumentadas en derecho que lo que puede serlo una serie de

televisión, dotada de otro formato y con una limitación de minutos hartamente inferior a la cantidad de páginas de la obra escrita por un abogado experimentado.

Todas esas novelas tuvieron la doble condición de lecturas gratas en las que presté mucha atención y aprendí mucho o al menos pensé bastante.

5. Los contrastes económico-sociales de mis veinte años

5.1. La vestimenta

En 1960 iba a dar clases a la Facultad de Derecho, donde a menudo pasaba buena parte del día (pues no recuerdo volver a Avellaneda a almorzar a la casa de mis padres), con zapatos negros lustrosos, medias negras, traje oscuro, camisa y corbata.

Después cambié a zapatos marrones y medias largas azules. Más tarde opté por el saco *sport* azul y el pantalón gris topo cuando lo encuentro y si no, algún gris oscuro o tirando a oscuro. Fui aprendiendo que hay muy poca libertad elegante para combinar corbatas con traje, hasta para elegir corbatas y que una errónea decisión de vestimenta puede hacer mal empleo de aquel principio según el cual “*There’s never a second chance to make a first impression.*”

La elección del uniforme de saco azul y pantalón gris con zapatos marrones y medias azules tuvo también en cuenta el consejo de uno de los grandes de la moda, que tenía una decena de pantalones negros, camisas negras, zapatos negros, medias negras, con lo cual su uniforme era el negro y no tenía necesidad de pensar cada mañana o cada noche cómo se vestiría para la ocasión. En la biografía de STEVE JOBS se advierte cómo en su edad madura eligió también su propio tipo de uniforme, pantalones *jeans* azules y poleras negras.

Tengo pocos trajes grises para las ocasiones más formales de mi profesión. Mis viejos trajes azules desaparecieron y el único traje marrón que una sola vez tuve lo usé para fracasar en el examen de Finanzas, en el tercer y final año de mi carrera. Cuando confronté mi vestimenta con la del profesor Ahumada, todo vestido de negro, no hacía falta ser un genio para advertir que había equivocado feo la vestimenta.

Hasta que aprobé su materia y un tiempo después, mientras lo seguí y escribí sobre finanzas (todo inédito y desaparecido), pensando que podría ser mi materia, vestí de negro.

Después, cuando supe de los zapatos más claros que el pantalón, pasé al calzado marrón y los distintos tonos de gris para el pantalón. Hoy en día, cuando veo algún abogado con traje negro, me da un cierto *frisson*.

A lo que agregué el *motto* de una olvidable pieza teatral que vi en Londres, “*Gentlemen never wear brown.*” Obsérvese que la admonición es más estricta que la clásica “*Never blue before five, never brown after six.*”

Si bien el libreto en la superficie cuestiona y se rebela contra aquella regla de vestimenta de la *upper class* inglesa, al punto tal que en la escena final el actor usa un traje marrón, contento de haberse liberado de la prohibición cromática de la clase superior inglesa, lo cierto es que este otro consejo simplifica la vestimenta. Ni traje azul, ni traje marrón: Gris para los encuentros formales y luego el uniforme para todas las demás ocasiones profesionales.

Claro está, estos son consejos para los no elegantes, pues una amiga recuerda a AMBROSIO GIOJA impecablemente vestido con un traje marrón oscuro y camisa celeste, un espectáculo de elegancia, incluso después de las siete de la tarde. Quienes dan atención esmerada a su vestimenta no necesitan consejos; son, en cambio, los menos atildados o más apurados con el tiempo, los que preferimos simplificar y sistematizar las opciones cromáticas.

5.2. *Mojarse los pies*

De soltero y profesor universitario, en 1960 y después, volvía a veces tarde a la noche a la casa de mis padres y en más una oportunidad había llovido o estaba lloviendo, lo cual significaba que la calle Paláa, de indispensable travesía para llegar, estaba inundada de pared a pared de las veredas opuestas.

Era todo muy simple y mecánico porque no había opción alguna: Me quitaba los zapatos, los llevaba en una mano, me arremangaba los pantalones y cruzaba con cuidado el empedrado de la calle inundada. Al menos estaba adoquinada, no había pozos ni vidrios y nunca me lastimé ni me caí. No se anegaban en cambio ni el Pasaje Magnasco ni la casa paterna en su número 357, quizás de construcción posterior o con mejores desagües pluviales.

Ver el gráfico de la p. 236.

Pero era imposible no reflexionar sobre los entonces majestuosos y lujosos salones de la Facultad de Derecho, en especial su entonces reservada Sala de Profesores, con *boiseries* y cuadros al óleo de grandes juristas argentinos del pasado. (Amables pero firmes ordenanzas vedaban el ingreso de los estudiantes; ordenanzas que, al estar por ingresar el profesor al aula, entonaban: “El Profesor” y todos los alumnos se ponían de pie.) No era cómico ni trágico para mí, pero no podía dejar de advertir el contraste que vivía así con cierta frecuencia.

En los últimos años comienzo a encontrar mayores espacios de libertad y tolerancia social, porque los parámetros de vestimenta han ido cambiando según la ocasión.

6. *Habilidades profesionales*

Hay un viejo dicho de no dar puntada sin hilo, que yo he cambiado a que hay que dar más de una puntada con la misma aguja e hilo; es decir, utilizar al máximo el

material. En el punto anterior hice unas reflexiones sobre la vestimenta, que son pasibles de mayor desarrollo en la profesión de abogado, tal como lo he tratado de hacer en la materia que dictaba en la especialización en derecho administrativo, *Habilidades Profesionales* junto a *El método en derecho administrativo*, hasta que la segunda fue suprimida y la primera modificada, en el nuevo plan de estudios, lo mismo que *Audiencias públicas*.

A ello cabe agregar habilidades profesionales en la postura, el movimiento corporal, la colocación de la voz, las expresiones faciales (que ilustra muy bien la serie *Lie to Me*), las expresiones actorales que necesitamos para nuestro trabajo profesional, con más el hacer escritos profesionales y conocer las estrategias a seguir en distintas hipótesis, tener ideas creativas, pensar.

Debemos estar preparados para actuar en diferentes ámbitos sociales y profesionales. Yo lo aprendí quizás frente a circunstancias más adversas, pero todos debemos saber manejarlas y reflexionar sobre ellas.

7. Complejo de pobre

A veces le digo a mi mujer, tratando en el fondo de no explicar alguna conducta inexplicable en relación al manejo del dinero: “Complejo de pobre.” Es un tema inexplorado y a esta altura inexplorable en mí.

Mi padre contaba la anécdota de un médico en San Juan, quizás ex gobernador, que en la antesala de su consultorio tenía una bandeja con dinero y un cartel:

—“Al que le falte, saque; al que le sobre, ponga.”

En nuestro bar, tanto mis padres como yo cobrábamos y dábamos vuelto, no sé cómo arreglaban las cuentas entre ellos pero presumo que las riendas las llevaba él. Sin ser consciente de utilizar el precepto del médico sanjuanino de comienzos del siglo XX, cuando yo necesitaba dinero sacaba lo necesario del cajón (terminología arrabalera usada entonces en mi familia, hoy diríase la caja) del mostrador y desde luego nunca aporté. Mis padres deben haber advertido la circunstancia, más el hecho que nunca recuerdo haber pedido dinero, ni para el más mínimo gasto rutinario. Por eso, una vez que mostré con naturalidad que me había comprado un calendario de mesa, tosco, simple, barato, mi padre me preguntó más o menos.

—“¿Por qué lo compraste?”

Recuerdo haber dado alguna respuesta tan insatisfactoria como las que tuve que dar luego para cada juguete tardío que me compré. Con las computadoras soy un maestro en la explicación de cómo, poco menos que el destino del universo depende de mi próxima adquisición, o la anterior, o la que haré después aunque también pronto la abandone, con la excusa fácil de su obsolescencia tecnológica.

En todo caso, la siguiente pregunta de mi padre no era retórica:

—“¿De dónde sacaste la plata?”

—“Del cajón.”

Como yo no tenía el menor atisbo de culpa, ni de necesidad de rendir cuentas, se limitó a quedarse inexpresivo y callado, sin decirme nada. De ahí en más, sin razonarlo siquiera, proseguí sacando dinero cuando lo necesitaba, hasta después de recibido, sin jamás “pedirle” un centavo:

—“Al que le falte, saque.”

Una vez me dijo, en esa mi primera adolescencia, que darme plata era como echarme agua en la palma de las manos. También he sido tildado de “pródigo,” de “tirar” la plata y hasta, a veces, de tirar la plata de *otros* cuando estaba en todo caso gastando la que había ganado con *mi* esfuerzo. Ahorré para luego gastar mejor.

Como parte del mismo orden natural de las cosas, mi padre tuvo que dejar el bar pues cesaron los efectos de las entonces vigentes leyes de locación y el bar no daba como para afrontar el nuevo alquiler que nos pedían. Por suerte, para entonces estaba colaborando económicamente con ellos y lo seguí haciendo hasta su muerte, con la misma naturalidad que por años usé para sacar dinero de la caja.

Yo le entregaba con frecuencia dinero a mi madre, parte en dólares y ella hacía un uso espartano de esos fondos, advirtiéndome que estaban a mi disposición si los necesitaba.

De vez en cuando iba a visitarla llevándole sus nietos y pidiéndole plata, que por supuesto me daba. Como yo no los llevaba cuando le acercaba fondos, la imagen que mis hijos traducían en palabras eran:

—“¡Es Fort Knox, la abuela!”

(“Al que le sobre, ponga.”) Cierta o no la historia del médico sanjuanino, las relaciones de mis padres conmigo y viceversa se rigieron por aquel precepto. Lo cuento porque **no** creo que sea un caso muy común y me ha dado una relación muy peculiar con el dinero: Trato de cobrar caro a los que pueden pagarlo, de dar gratis a los que tienen menos y de gastar el dinero mientras vivo.

Al menos alcanzó para mis estudios y los de mis hijos hasta donde quisieron hacerlos, para ayudar a mis padres cuando hizo falta, para ayudar a mis hijos en igual situación, para tratar de dejar algo a la sociedad: A través de lo concebido y publicado gratis en *Internet*, de los miles de árboles comunes y algunos nobles plantados, los cuerpos de agua diseñados (lagos, estanques, fuentes, cursos de agua), las construcciones encaradas.

Podría haber seguido mil senderos distintos, pero los que he seguido son los que relatan esas páginas y no encuentro razón para arrepentirme.

Rindo cuenta, satisfecho, a mi padre: Viví según sus enseñanzas y enseñé a todos los que pude.

8. *Mi salud y la Universidad*

Los enfriamientos al cruzar en invierno la inundada calle Paláa con los pies mojados, agravaron un problema de rinitis alérgica y sinusitis crónica que adquirí en la escuela secundaria, intentando aprender a nadar, en invierno, en la pileta climatizada del club Racing. Los pasillos y demás instalaciones no estaban calefaccionadas.

Algo más de medio siglo después, por constantes vacunaciones anuales, apenas la alergia molesta. No me volví a engripar. Estornudo a menudo, estrepitosamente y mis ojos lagrimean sin cesar. Una amplia dosis de pañuelos me acompaña todo el tiempo

Pensé en algún instante comprarme una motocicleta. RAÚL DE ZUVIRÍA Y ZAULETA, compañero de trabajo y de oficina en el sector de obras públicas de la Procuración del Tesoro de la Nación, biznieto de un constitucionalista, argumentó con irrefutables razones de decoro que sería un disparate llegar a la Facultad de Derecho con casco, con las manos engrasadas sin poder reciprocarse la mano ofrecida por otro profesor. El ejemplo sirve para continuar mostrando mis mundos diversos.

Me compré así un pequeñísimo *Isard 400 sport*, de dos puertas, que motivaba gritos de:

—“¡Por qué no te comprás un auto!”

Cuando contaba esto, mi padre me sugería que cuando, en el futuro, me encontrara en la situación inversa, dijera comprensivamente:

—“No te preocupes, yo también fui pobre.”

En cualquier caso, la compra del *Isard* fue el tratamiento más eficaz para la sinusitis crónica y la rinitis alérgica, porque nunca más sufrí tanto el frío de la calle, en invierno. Desde los 65 años agregué la vacuna contra la neumonía, además de las vacunas antigripales que siempre me apliqué.

9. *Otros contrastes*

En mis años de estudiante, durante los días de examen, pasaba el día entero en la Facultad. En una de esas ocasiones, uno de mis compañeros me invita a tomar un café a su casa. Recuerdo que se trataba de una importante mansión en

una esquina de la Avenida Alvear, hoy intacta y que fue sede de una institución pública no estatal, con una espléndida escalinata de mármol hasta un primer piso muy elevado, con un enorme *foyer* vacío en el medio. Una casa de otro siglo en todo el sentido de la palabra.

La casa estaba vacía y oscura, como deshabitada, aunque yo esperaba en cualquier momento ver aparecer algún ceremonioso mayordomo inglés a ofrecernos té en bandeja de plata, mientras a mi vuelta en Avellaneda, si llovía tendría que cruzar Paláa con los zapatos en la mano y los pantalones arremangados. Por suerte no había nadie, ni siquiera un *Butler* inglés y mi amigo preparó café en una cocina del primer piso, en ambiente distendido. La experiencia se ha repetido en mi juventud.

Y me ha tocado volver a visitar de adulto el mismo edificio, en una de sus nuevas funciones públicas no estatales, con una sonrisa burlona en mi corazón. No me aceptaron, como corresponde. Es que, como bien dijo GROUCHO MARX, “Yo nunca sería miembro de una institución que me aceptara.” (“*I don't care to belong to any club that will have me as a member.*”) Después se mudaron.

De adulto me acostumbré a las contradicciones y cuando los roles se invierten, *mutatis mutandis*, trato de obrar como el anfitrión de aquella primera ocasión.

10. Reflexiones sobre la pobreza en mi vida

La pobreza fue el tema de mayor incidencia en mis padres. Gracias a su visión y mucho trabajo de todos, con perseverancia pudimos salir de ella e ingresar yo a una clase media acomodada, o incluso clase alta si se toman en cuenta los parámetros económicos usuales.

Sigo trabajando en la octava década y contemplo seguir haciéndolo hasta el final de mis días, en la medida que las fuerzas me lo permitan. Por suerte mi mujer trabaja su campo y me suplirá cuando yo no pueda. Sigo teniendo pedidos de participación profesional como letrado patrocinante, consultor, árbitro, etc. Espero no caer en el insondable abismo de la quebrada seguridad social.

Por mi educación paterna, supe que el estudio era la prioridad número uno para progresar y que estudiar requiere esfuerzo continuo pero también inversión económica constante: Primero, en mi infancia aparecen las tiras cómicas; segundo, las obras en formato papel; tercero, triunfa el libro digital.

11. Los tomos de papel como prioridad en extinción

Creo que en la pobreza tuve mis prioridades claras. Pero a medida que los años fueron pasando, mi progreso económico *nunca* fue acompañado *pari pasu* por la necesaria cantidad de *paredes* con biblioteca del piso al techo, ni divisorias, ni espacio que alcanzara.

Comencé a distribuir parte de mis bibliotecas en casa de mis padres, en mi propia casa, en todas las paredes del estudio, en armarios. Llegó un primer momento, todavía transitando la veintena de años, en que no tenía sentido económico tratar de alquilar o comprar ¡depósitos! en lugar de comprar nuevos y mejores libros. El papel no desaparecerá, pero la edición *exclusiva* en papel está en franca declinación.

Vino así la primera inevitable racionalización, ajuste, prescindibilidad, reorganización, sintonía fina, lo que fuere. Cada uno elige o inventa significados para atacar o disfrazar la racionalidad, pero no por ello la *Irrracionalidad* se ve coronada por los laureles del éxito.

Ruego ver <http://www.gordillo.com/articulos/art4.pdf>

Para incrementar y mejorar mi biblioteca debía desprenderme de parte de ella. En todos los casos, fui dando de baja por obsolescencia física o tecnológica los que apenas tenían valor emocional pero no valor de mercado; *la AFIP los dio de baja con valor cero*, a su amortización. El haberlos comprado usados hizo además que su deterioro físico fuera acelerado y final.

Ahí terminaron su vida útil todos los textos con que había aprobado las materias de la secundaria y la Universidad, mis cuadernos de apuntes universitarios, viejas novelas para la juventud de la época de la secundaria, como BURROUGHS, HAGGARD, DUMAS, SALGARI, VERNE.

Lo leído por puro placer —todo, salvo las materias que debí “aprender” para repetir inútil información, rendir y recibirme de abogado— me ha sido además fuente de aprendizaje, sin importar cuán banal fuera la novela que estaba leyendo en el momento. Ahora aprovecho mejor el tiempo leyendo *non fiction* o series de televisión y películas de acción en su propio idioma de origen. *Internet* y la tableta han pasado a ser mi principal fuente de lectura, no ya el soporte papel, salvo que no estén en la *Web*. Pero allí el déficit es del medio.

No me gustan las películas serias ni dramáticas. Bastantes dramas tuve como para disfrutar otro en una película, pieza de teatro, novela. En las series que veo, tengo el *stress* placentero de ver capítulos disociados de distintas temporadas. Se torna necesario, en esta forma de ver televisión, armar el rompecabezas, como estudié las materias de la facultad. La falta de secuencia aumenta mi atención y es ya normal en mí.

En otras palabras, lo descubierto para el estudio que relato en los § 20 y 21 del cap. II, p. II-31 / 93 y ss. se hizo tan habitual que lo utilizo hasta para ver series de televisión. Grabo todo, incluso las series viejas, y las veo o abandono en desorden. El juego así se incrementa con rearmar la historia en mi cabeza.

12. *Nunca regale un libro que no ha leído*

He leído a GRISHAM con placer, pues es un abogado novelista que escribe muy buenos y gratos *best sellers*, algunos llevados al cine con éxito. Pero pinta los aspectos sórdidos de un supuesto modo de ejercer la profesión. No soy un santo abogado, pero como abogado distingo la abogacía real de la ficción, sin por un instante imaginar que ello pueda reflejar prácticas generalizadas.

No hay problema si la trama es muy fantasiosa e implica asesinatos apañados desde la Corte Suprema de Estados Unidos o algún Senador como es la práctica novelística estadounidense, o incluso el Presidente de los Estados Unidos. Allí el *suspension of disbelief* dura tanto como la lectura (o el *film*), salvo para los espíritus conspirativos que prefieran fabular y no estudiar o al menos escribir su propia novela o denuncia. Eso es fácil de entender para cualquiera, sin importar su grado de conocimiento o desconocimiento de la abogacía, el Poder Judicial o el Senado estadounidenses. *El informe pelícano* y *La firma* entran en esa categoría, excelentes novelas y películas, por lo demás.

GRISHAM tiene además el arte de pintar lo sórdido, en *The Litigators*, que recuerda mucho a DICKENS o DOSTOIEVSKY. Cada uno en su contexto, dado que estos pintaban la pobreza siniestra en el siglo XIX y él muestra la miserabilidad de alguna abogacía en el siglo XXI. La ambientación y escenografía cambian para ser creíbles en su localización contemporánea, lo cual es todo un elogio en el arte del *suspension of disbelief*.

Son aspectos siniestros los que caracterizan algunos *best sellers* contemporáneos pero ubicados en cambio en el siglo XIX, como *El cementerio de Praga* de UMBERTO ECO, libro que no hay que regalar sin antes leer pues a algunos puede causarles disgusto, no placer. Fue mi caso y como encima la novela es buena no pude dejar de leerla, *malgré moi*. Nadie me la regaló, la compré y leí por mi propia culpa. Cuando terminé la destruí, detestándola con pasión. UMBERTO ECO se ríe del éxito de su novela negra.

13. *Libros eternos, antes o después de Gutenberg y de corta o larga vida, incluso eternidad, en Internet*

13.1. *Obras eternas*

Nuestra cultura tiene en su haber muchos poemas y reflexiones que son o parecen eternas (Homero, Virgilio, Séneca: Los ejemplos sobreabundan), que nacieron al conocimiento humano antes de la invención de la imprenta.

Los amantes de la cultura todavía hoy tenemos placer de hojear o leer; en mi caso recuerdo incluso el primitivo placer de *oler la tinta* —¿tendría pegamento?— en las imprentas, desde el periódico *Enfoques* en la escuela secundaria. Lejos de ser eterno, fue una flor de primavera.

En tiempos más remotos los escritores y lectores quizás hayan percibido sentimientos o sensaciones equiparables: Tener en las manos y leer un papiro, leer y mirar una copia monacal en caligrafía, leer una tableta de arcilla con inscripciones.

Imagino que los arqueólogos tendrán también placer en descubrir e interpretar, *in situ* o en pantalla, jeroglíficos o distintas lenguas hoy desaparecidas.

13.2 *Mi placer sensorial, hoy*

Hoy me debato entre el placer de tener, mirar, leer, consultar o anotar un libro y el placer emocional de escribir y publicar digitalmente. Al acordar una edición de muchos volúmenes, pedí que la colección se publique con la versión digital de *Proview* incluida. No podré ser generoso (pues no pedí ejemplares para regalar) con su distribución gratuita a mis amigos y colegas, porque de todos modos ya tienen el libro en papel y mi versión digital en www.gordillo.com.

Los que quieran disponer del placer sensorial, que comparto, de tener la colección encuadernada y consultar el *Proview* podrán acceder a tales placeres por las leyes del mercado (como yo en toda mi vida), pero la información de base continuará publicándose en mi sitio y los de soporte en papel seguirán existiendo y distribuidos en edición de tapas blandas.

La información es pública, el placer es privado. Espero que algunos de los que me quieren bien estén dispuestos a hacer el sacrificio a mi memoria, no de colocar un busto en sus estudios, sino una reluciente colección celeste y blanca como la bandera de Belgrano, sin el sol de la guerra.

El título del § 12 del cap. III, a sugerencia de un poeta amigo, fue un casi freudiano: “El deseo de leer.” Acepté entonces, sin hesitación, esta otra evocación de las sensaciones y emociones que comento ahora, que también me fue sugerida. Pero no la percibo hoy en igual medida.

Supra, p. III-18 / 142.

Para compensar, sigo anticuado con la lectura, subrayado y recortes de los diarios. Pero al final, más temprano que tarde, terminan tirados. Los suplementos (deportes, compraventa, automóviles, moda, belleza, gastronomía, espectáculos, *countries*, barrios, enfoques, conversaciones) que no me interesan, en el acto; lo que queda de cada diario, al día siguiente. Algún recorte especial, hasta que se estropee.

Los recortes, al colmarse el mueble abierto en el cual los voy depositando, al lado de mi silla de trabajo. El placer de la lectura del diario no se repite al consultar los polvorientos recortes y cada tanto es preciso, previo repaso final, prescindir de ellos y alimentar la cadena socioeconómica de los cartoneros. Ayer tiré otro año de recortes.

¿Por qué habría de ser distinto el proceso intelectual y sensorial de la mayoría de los libros?

13.3. ¿Cómo llegué a este estado de ánimo?

En mi felizmente larga vida (y no renuncio a continuarla) muchas veces compré y, en ocasiones, consulté material que luego destruí. Eso ocurrió con publicaciones de distintas épocas, entre ellas más de doscientas en el país sobre planificación. El gobierno militar de 1976-1983 fue muy prolífico en esta materia editorial, hasta demostrar su propia ignorancia en el arte de la guerra. Como decía entonces la CIA: Mucha planificación (ninguna), mucha estrategia (de la teoría, como se enseña derecho en la Facultad), ninguna logística aplicada que sirviera.

En las librerías de Estados Unidos hace mucho tiempo que se ha puesto fecha de vencimiento a las publicaciones, que a los seis meses se quitan de la estantería. El costo directo y además financiero del *stock* es antieconómico. En tiempos pretéritos se perseguía entre nosotros el agio y la especulación. Hoy, más que falta o delito, es un error económico propio del subdesarrollo.

Pero, como el título del tomo 11, siempre hay *Marchas y contramarchas en economía y derecho administrativo*.

Recuerdo haber buscado un libro en la quinta avenida de Nueva York —una *Doubleday* hoy desaparecida, enfrente de la *Trump Tower*— y al preguntar por uno que había salido al mercado seis meses antes, me dijeron, luego de consultar la pantalla, que no los guardaban tan antiguos. Los costos de almacenamiento físico, no digital, los hicieron prohibitivos: No solamente los serios, también los cómicos de ART BUCHWALD, excelentes todos los que leí, pero muchos de los cuales no pude conseguir a tiempo por no coincidir su aparición con una visita a Estados Unidos.

¿Tendré que esperar que aparezcan en una colección para leerlos todos? ¿Aparecerán alguna vez? ¿Me enteraré?

ART BUCHWALD fue en vida un autor muy exitoso, que incluso ganó juicios contra Hollywood por pagos inadecuados de derechos de autor. Pero los que no hemos podido leer la totalidad de sus libros hemos quedado empobrecidos por faltarnos su humor. Debiera haberlos subido a la *web*. ¿Ahora habrá que esperar a que estén en el dominio público, si sus herederos no lo hacen? Parece socialmente injusto y un demérito a la memoria del gran humorista. Cuando, décadas más tarde, ingresen al dominio público, ya no serán de interés por haberse perdido en la historia el recuerdo de su imprescindible contexto político local. El daño será irreparable.

Mientras tanto, me estoy dando un gusto mayúsculo publicando mi colección en *Internet* y papel, además de encarar una edición bellamente encuadernada de todos sus tomos, con el *e-book* incluido.

No serán tan divertidos como ART BUCHWALD ni entretenidos como FRÉDÉRIC DARD... Pero yo me divierto y entretengo como si lo fueran.

14. *Los libros digitales: La biblioteca pública universal*

14.1. *Las virtudes de la web*

No entiendo por qué los autores, sin perjuicio de hacer una edición en papel, no confían sus ideas en forma digital y gratuita, desde el vamos, como hice en los últimos años, a la comunidad digital de *Internet*, a la gran biblioteca pública universal que ella comporta.

Parecen caer en la trampa melancólica de utilizar *únicamente el papel impreso*, no habiendo atravesado, como yo, décadas y décadas de contemplar ediciones amarillentas deshaciéndoseles en las manos. Allí el placer de amar un libro se transformó en el dolor de ver un amigo enfermo. La etapa terminal de un libro nada tiene que ver con la profundidad emocional de la agonía de un amigo, pero comparte algunos de sus trazos de tristeza e inevitabilidad, resignación en suma.

Todo lo que digo a favor de *Internet* es sin perjuicio del hedonismo de tener una edición en papel. Pero en el placer hedonista de ver multiplicarse volúmenes que en el lomo ostenten la etiqueta (en sentido de la filosofía analítica del lenguaje, que resumo en el capítulo I del tomo 1) con mi apellido, no puede estar ausente la condición que la razón demanda: Que al mismo tiempo estén en versión digital, en este caso del *Proview* y desde luego en *Internet*, la Fundación, etc.

El libro del siglo XXI debe crearse y hacerse digital, público y libre en *Internet* desde su concepción misma, sin valor material que termine obstaculizando el valor cultural de la difusión de las ideas. Versiones digitales y en papel como *Proview* o *Amazon* tendrán para sus propietarios y adquirentes un valor de mercado; las de *Apple*, *Google* o *www.gordillo.com*, no. El placer sensorial es distinto.

Sin negar los sentimientos placenteros de ver mis tomos encuadernados en edición de lujo, es funcionalmente más satisfactorio encontrar ideas en *Internet* en cualquier momento, a un *click* de la pantalla. STEVE JOBS lo vio claramente como la mejor opción para los lectores, al no tener que cargar las espaldas de los estudiantes con mochilas de textos; o, en todo caso, llevar por la calle carritos de avión, con ruedas, para acarrear sus papeles durante el día.

¿Puede alguien llevar siempre consigo diez tomos encuadernados, por las dudas que llegue a necesitarlos? La mejor opción es cargarlo en una liviana tableta portátil. Por ende es la opción que conviene a los autores que no acepten entorpecer la difusión de sus propias ideas.

Es lindo deleitarse con el aroma, el tacto y observación del papel impreso, por cierto, pero disfrutarlo no es incompatible con el análisis racional de maximizar el aprovechamiento social de la obra, en el presente y a través del tiempo.

El papel no es único en dar placer, ni es mayor ese deleite visual que el intelectual de observar la difusión de las propias ideas en *Internet*. Tenerlos gratuitos

ab origine en *Internet* permite la satisfacción de recibir *mails* de jóvenes agradecidos de distintos países (y del propio), porque han podido estudiar o consultarlos también gratis en *Internet*. Repito, no es incompatible con que se realicen además ediciones en papel, para los que tengan paredes y anaqueles disponibles. Permite más flexibilidad a las distintas cátedras para armar material de lectura de fuentes diversas, si así lo prefieren como es de práctica.

Ver el comentario de ALEJANDRO CARRIÓ en el Libro II, sección IV, p. T-5 / 691.

Algunos jóvenes que no leen desde *Internet*, a veces piensan que esta opción está reservada para quien no puede comprar. En lo que me concierne, leer un libro desde la tableta no me hace extrañar en nada la versión papel a la que no accedo. A veces ella ni siquiera existe en Buenos Aires ni es fácil encontrarla en Londres, París o Nueva York. Éste es el mundo de hoy: Globalizado, lo que no está en *Internet* desaparece.

Por supuesto, hay múltiples sentidos de la palabra “globalización.” En este caso lo referimos a *Internet*, un mecanismo de comunicación e información que traspasa cualquier frontera.

Aún pudiendo acceder a la compra de todo, acumularlos no es una opción ilimitada, para quien no puede adquirir mansiones de superficies infinitas como BORGES podría imaginarlas. Al ocupar tantas paredes y anaqueles terminan alejándose físicamente del lector–propietario, dificultando la satisfacción del deseo de tenerlos en las manos. Ir a consultar a las bibliotecas públicas en papel, a su vez, consume más tiempo aún.

En una enorme mansión de lujo con tantas bibliotecas como cuartos en un castillo, no debe haber austeridad como para deambular de habitación en habitación a la búsqueda de la lectura seria que otorgue placer.

En algún punto de nuestras vidas, pues, todos terminamos con pilas en el piso, a nuestro alrededor: Ya no podemos disfrutar táctilmente sino de lo que tenemos al alcance de la mano, en la mesa o escritorio de estudio y trabajo. Es una ínfima parte de los que se ha tenido en la vida.

Actualmente mis trabajos e ideas están multiplicados en *Internet* en sitios de terceros, algunos de carácter internacional, gratuitos, sin molestas propagandas, superfluas suscripciones o peligrosas entregas de datos. Existen también múltiples ediciones en papel en varios países de Latinoamérica: Brasil, Colombia, Perú, México, Venezuela. Ello, sin computar primeras ediciones de otros libros en Brasil, España, Estados Unidos, Gran Bretaña, Italia.

Comencé asimismo a publicar trabajos solamente en *Internet*, sin versión papel: Han sido leídos y comentados y me han proporcionado percepciones sensoriales e intelectuales positivas, cada uno en su singularidad.

A veces la versión impresa no puede publicar todos los gráficos, mapas, fotografías e ilustraciones de *Internet*. Me ha empezado a ocurrir que sea más completa

e ilustrada a colores la edición de *Internet* que la que pudo recoger la editorial para su versión papel, por razones de costo.

Es lo que ha ocurrido con mi artículo “I mezzi di trasporto da Buenos Aires,” que solo se puede leer completo, ilustrado, con gráficos, mapas, fotografías, etc. en <http://gordillo.com/articulos/art5.pdf>. La edición en papel no ostenta esa riqueza visual. MARIO REJTMAN FARAH propone incluirlo en el volumen 11, *Marchas y contramarchas en economía y derecho administrativo*, pero su empleo de colores excede la racionalidad de publicarse a cuatro colores en papel. Es un caso que puede repetirse, que *Internet* sea el único medio racional de publicación con equilibrio costo-beneficio. Está pasando en medicina y arte.

También se puede acordar implícita o explícitamente con los editores, citando la fuente, el acceso directo a la reproducción de artículos nuestros publicados en colecciones, volúmenes o revistas del país o del exterior, que no serían de fácil ni inmediato acceso si no fuera por esta vía.

Lo suelo hacer, como en *Access to Justice, Legal Certainty and Economic Rationality*, en <http://www.gordillo.com/articulos/art4.pdf>; *Administrative Procedure Reform: The Experience of the Americas*, en <http://www.gordillo.com/articulos/art3.pdf>; *The Status of the Judge: Independence and Impartiality*, en <http://www.gordillo.com/articulos/art6.pdf>; *Comments by Judge Gordillo*, <http://www.gordillo.com/articulos/art2.pdf>; *Civilizations and Public Law: a View from Latin America*, <http://www.gordillo.com/articulos/art2.pdf>; *Parole lette come Introduzione al seminario sul libro “L’Amministrazione Parallela” nell’Università Bocconi*, <http://www.gordillo.com/articulos/art7.pdf>.

Como es natural en un mundo libre, también hay sitios que permiten el acceso gratuito a trabajos digitales, pero al mismo tiempo ofrecen otros a la venta y pasan propaganda. Allí el libro digital gratuito es un señuelo que lleva a la venta de otros productos, así sean usados y en papel. Complace que se multiplique el acceso, pero el navegante/comprador deberá estar atento a lo que no es gratuito: *Caveat emptor*.

También hay, en mi sitio y entre otros, videos con charlas, entrevistas, fotografías, mapas: Esa versatilidad jamás la puede tener un texto en soporte papel. Existen, por supuesto, ocasionales ediciones con láminas, bellísimas, como los libros de arte y de medicina. El costo es mucho más alto que *Internet*, aún en sitios pagos.

Oponerse a la *Internet* es como oponerse a la biblioteca pública, quizás con la única salvedad que la biblioteca pública en papel tiene algún grado de selección (pues debe dar de baja material sobrante y, es posible, orientar el acervo para los lectores) mientras que la biblioteca pública universal, digital, no tiene mecanismo alguno de selección que no sea el propio criterio de quien navega y lee.

El inconsciente es una fuerza muy poderosa: Aún quien es adoctrinado, en lo profundo de su mente puede estar sembrando las semillas de la rebelión. Quien navega sin aparente criterio por la *Internet*, aprende como autodidacta a navegar

en las turbulencias de la corriente y en los remansos peligrosos. Confíemos en su inconsciente, aprenderá. Es el principio de la libertad de pensamiento.

Eso obliga a examinar, revisar, evaluar, en suma pensar *antes, durante y después* de leer. Y por supuesto obliga a escribir las reflexiones, cuestionamientos, dudas e hipótesis provisionales. Todo ello requiere un soporte digital y puede llegar a la edición en papel, sin perjuicio de *Internet* como un producto nuevo.

14.2. *La ecuación económico-financiera de los libros digitales*

Con mi producción digital producida y subida a *Internet* algunos admiran y alaban la generosidad; me han dicho que otros critican el ego. Me complazco en hacerlo por auténtico interés propio, para mejor difundir las ideas y no condenarlas a anaqueles polvorientos y escondidos, descartables.

Hace muchos años que mis ideas son concebidas sin valor material. He creado mis ideas para el dominio público universal.

Es indispensable eliminar ese absurdo derecho inverso de ultratumba, que antepone los alegados derechos económicos de los deudos a los verdaderos derechos intelectuales de los autores desaparecidos (transformándolos en un interés económico que nunca fue motor de las ideas) y *al superior interés social de acceder sin valladares al pensamiento del tiempo contemporáneo y del pasado.*

Ello, sin perjuicio del absurdo, que el propio Código Civil en otras partes condena pero aquí consagra, de condicionar la libertad de donar al límite de una *condición futura, indeterminada e indeterminable mientras viva*. Solo después de muerto, si visita el mundo de los vivos, sabrá qué consecuencias jurídicas tuvieron sus actos válidos en vida. Eso es un inconstitucional e irrazonable disparate, indigno de personas racionales.

14.3. *El libro en papel y el libro digital*

El libro en papel no desaparecerá, pero el grueso de la producción intelectual del pasado no cabe más en las estanterías de las paredes de la mejor mansión del universo; hasta las grandes bibliotecas públicas deben dar de baja volúmenes por falta de espacio.

En cambio la biblioteca pública universal del futuro próximo es *Internet* y las nubes. En mi caso personal, todo papel importante y todo libro que haya de usar, los hago escanear (si no están ya en forma digital, algo cada vez más improbable) e incorporar a mi *base digital*.

Cuando se advierte la extraordinaria cantidad de publicaciones que *lícitamente* se pueden bajar gratis, de los grandes clásicos de la humanidad, es lamentable que una pequeña razón económica haga que alguno se autoexcluya de ese medio

por su propia voluntad o la de sus potenciales herederos; o, peor, por una ley que en el siglo XIX era cuestionable y hoy resulta aberrante.

Si alguien se puede hacer rico con sus publicaciones, enhorabuena para él, pero al no ser mi caso lo mejor es producirlos en forma directa para *Internet*. El bien inmaterial, así, no está ni habrá estado nunca *económicamente* en el patrimonio del autor.

14.4. *Los tomos en papel y su ansia insaciable de paredes*

A fines del siglo XX tuve disponibles más paredes para bibliotecas, a más de estar a *full* todas las paredes del estudio con excepción de una salita de diplomas y algunas fotos en mi despacho. Hay fotos en blanco y negro y a color, tanto de FACUNDO DE ZUVIRÍA como mías. Nadie confunde las fotos de él con las mías, pero fotos, libros y diplomas se hacen mudo reproche por el lugar que los otros ocupan.

Al empezar a amontonarse en nuestra casa, en el suelo y los pasillos, infinidad de nuevos tomos que tampoco entraban, hubo que empezar otra vez desde cero el ajuste, sintonía fina, racionalización, lo que se quiera.

Más importante que lo que se descarta es lo que se incorpora, en primer lugar POPPER gracias a una conversación con VILANOVA en 1983, que luego PELEL fue aumentando con los años con sus continuas sugerencias de lecturas ulteriores de POPPER, culminando con su espectacular autobiografía, brillantemente titulada *Unended Quest*, traducida al español por algún no amante de BORGES (que, me cuentan los poetas, execraba la palabra), como "*Búsqueda sin fin*." A PELEL, que inició en 1961 mi vocación por la filosofía del derecho, le debo también haber acicateado después mi curiosidad por la filosofía de POPPER, acercando telefónicamente ideas, lecturas y sugerencias.

De lo viejo, en el campo había mucho de descarte, más todos los *best sellers* de los últimos tiempos, que seguí, también con placer, a veces tanto en novelas como en películas, como fue el caso del agente 007. Uno de mis accidentes de auto vino luego de estar inspirado por una película de SEAN CONNERY. Por eso aparecen ahora los *disclaimers* que estos *stunts* no deben ser intentados en la casa por los espectadores... Ni manejando el coche, Agustín, ni manejando el coche.

A esa penosa lista se agregaron, víctimas de la tecnología, todos los VHS y alguno que otro texto superado de medicina, psiquiatría, economía, política, sociología, incluso tratados referidos a la acústica, que aprendí luego de numerosas lecturas.

Guardo algunas joyas muy clásicas y próximas a mi corazón (hasta tres ejemplares de todo SHAKESPEARE, además de haber bajado algunas a mi tableta), pero la escritura está en la pared.

Aquel sistema de *almacenamiento físico* de la información está perimido y ha devenido imposible de hecho utilizarlo. El *data retrieval* se hace ahora digital, no en los anaqueles de las bibliotecas públicas o privadas, sino en la biblioteca pública universal que es *Internet*.

Hice en varios días el prodigioso esfuerzo espiritual de tirar casi todo, quedándome apenas con lo más caro a mi corazón. Y luego vino desde casa la avalancha de todo lo que estaba en los pasillos, en el piso, en los armarios...

Ya está otra vez llena la biblioteca/depósito del campo y en cuanto me reponga del *shock* intelectual tendré que empezar de nuevo. Aquí me convenzo otra vez en el cerebro y en el corazón, que la digitalización es por ahora lo único posible, a nivel individual y social.

En la lucha del papel contra las paredes, ganan las paredes.

Ello no ocurre en la biblioteca pública digital universal. Luchar contra la propia digitalización subida a *Internet* es como luchar contra las paredes que no pueden albergar sino una cantidad limitada de volúmenes.

15. *La lectura tecno contemporánea*

Un buen libro digital es gratis o cuesta la mitad que en las librerías. Una *Tablet* o tableta permite llevar una enorme cantidad de textos consigo. Se puede ir a una reunión y leer (tomar notas, escribir o consultar el calendario) de cualquier tema en los momentos previos a la reunión, durante ella y después, en cualquier lugar que se esté, multiplicando el tiempo útil hasta la totalidad de las horas de vigilia si se quiere.

Pero ese dinero que gano al adquirir obras digitales más baratas o gratuitas, al no necesitar espacio de bibliotecas, al trabajar con más eficiencia, debo reinvertirlo en seguir al día con los avances de la tecnología de la información. Es un proceso que no tiene fin, con ocasionales interrupciones como las que cuentan las obras con las cuales me estoy inspirando para generar ideas.

También hay combinaciones casi exóticas de costo–beneficio. Haber comprado las *tabletas* ha sido caro, pero al acceder a los innumerables textos y aplicaciones digitales gratuitas del *Apple Store*, la ecuación económico–financiera cambia. Lo mucho gratis se resta de manera constante del monto pagado; las mayores comodidades tecnológicas, también. Ni qué decir de la mayor y mejor cantidad de trabajo eficiente y veloz.

Además de trabajar en la profesión, ahora estoy leyendo en inglés, francés o italiano, autores de otros siglos, la mayor parte por primera vez. Lo puedo hacer con el lujo agregado de destacar texto, buscar definiciones instantáneas en el diccionario de cualquier idioma, hacer notas, copiar, escribir *con todos los teclados virtuales de todos los lenguajes que conozca o quiera conocer* y lo que

en adelante futuras mejoras tecnológicas traigan. También marcar con colores diferentes, mejor que con los marcadores que tengo al lado cuando leo los diarios, pero que se secan pronto y no son baratos.

Se producen situaciones nuevas, si se quiere exóticas: Tengo la tableta enfrente para ver y leer con todas esas posibilidades, sumado al placer inmenso de conocer la pluma de varios siglos de autores cuyos volúmenes me resultan de difícil o imposible obtención y, además, anotar mis reflexiones en notas digitales en la tableta.

Si bien he leído antes, *leo muchísimo más y mejor, desde que accedo a los libros digitales gratuitos en mi tableta.*

La tecnología resulta así cara en un sentido, pero cuantiosa, ilimitada y liberadora en extremo, en otro y entonces barata al mismo tiempo.

16. *Los errores financieros*

Esa liberación que produce la tecnología tiene un costo que acarrea traspiés financieros. Es inevitable que se cometan equivocaciones, al no poder ver el futuro desde un presente en constante evolución.

El peor error es el que los técnicos prefieren recomendar: “No compre el sistema o programa nuevo, todavía tiene problemas, siga con el viejo que anda bien.” Están hablando de sus propios problemas como técnicos, que todavía no conocen lo nuevo pero manejan lo viejo con comodidad.

Mi consejo: Compre lo nuevo y cambie de técnico. Le dará dolores de cabeza, frustración momentánea, necesidad de pensar e imaginar, usar la intuición. Su cerebro se mantendrá vivo y en poco tiempo más tendrá mejores herramientas para trabajar cada vez con mayor velocidad y eficacia.

16.1. *¿Betamax o VHS?*

¿Debí acaso privarme del Betamax o del VHS hasta ver cuál triunfaba? Desde un punto de vista financiero sí, desde un enfoque económico creo que no. Pues mientras se resolvía la lucha de titanes fui disfrutando de ambas tecnologías. Ahora resulta que ganó el VHS, el Betamax se perdió en la oscuridad de los tiempos, pero lo mismo le llega luego al VHS, cuyos video-casetes y reproductores estoy también tirando. Imposible venderlos, no existe comprador. Regalar lo anticuado, por otra parte, es hacer daño al otro.

16.2. *La máquina Singer de mi suegra*

A veces subsisten quienes arreglan aparatos que no están en el mercado, si la tecnología es simple. Mi mujer heredó de su madre una vieja máquina de coser Singer, de las antiguas, que no funcionaba.

Pudo encontrar quien la arregle, cuya tarjeta de presentación indica que es especialista en arreglar antiguas máquinas de coser Singer. Es más que respetable como nicho de anticuario, pero no existe uno para los aparatos digitales técnicamente obsoletos para manejar los nuevos programas que exigen nuevo *hardware*. Ni las bellas *Apple* lo logran.

16.3. *Una notebook de 1984 y sus chips de memoria*

Una *notebook* primitiva que compré en París en 1984 para mis clases en la Sorbona, por U\$S 2.000, me sirvió y dio inmensas satisfacciones por años, pero un día se quedó atrás en la evolución tecnológica. Recuerdo haberla llevado a Estados Unidos a ver si conseguía memorias para agregarle, pero fue inútil pues no se fabricaban más.

Incansable, seguí buscando y las encontré de oferta en un negocio del ramo. Pero se trataba de luchar contra un *tsunami* tecnológico. No servían ni la *notebook* ni las memorias que utilizaba, que tenían una curiosa forma de cucaracha tecnológica, luego suplantadas por los cada vez más pequeños y mejores chips de Intel.

Compré las viejas memorias obsoletas a precio de regalo pero las pagué caras: Hube de guardar sin uso las memorias extra y la *notebook* obsoleta. No las tiré porque las guardo con cierta nostalgia, nada más. Algún día servirán para un museo de la historia de la tecnología, tal vez, pero no sé de ninguno existente aquí y ahora.

Como son objetos pequeños, puedo guardarlos por nostalgia, pero los grandes no tendrán igual destino.

16.4. *Un monitor gigante, antes de las pantallas planas*

Por mis problemas de visión compré hace muchos años un monitor de un tamaño enorme, por U\$S 3.400. Todavía lo tengo en el campo, donde su tamaño pasa inadvertido, pero en todo caso no lo uso más. Por supuesto, ya no sirve para nada.

He visto varios despachos con una vieja máquina de escribir a mano, Remington u Olivetti, *expuesta como decoración*. Este gigantesco monitor, cuando ahora todo es pantalla plana, no sirve siquiera como decoración de oficina: Es ofensivo a la vista.

16.5. Wang

Ya anoté en otro lado que cuando compré la primer computadora elegí IBM y casi de inmediato me arrepentí de no haber comprado la *Wang*, con lo cual “*rectifiqué mi error*” y compré la *Wang* también, a U\$S 6.500 y, como su impresora era mejor, U\$S 2.000 más por ésta.

Era al revés, el error **no** fue **no** haber comprado la *Wang*, **el error fue comprarla**... Un cliente amigo me ofreció adquirirla a su vez, por piedad. Acepté, vencido ante la muestra de afecto.

16.6. Apple vs. clones de IBM

Del mismo modo, había optado por el sistema de clones de IBM utilizando el *Windows* de Microsoft, cuando el proyecto editorial de hacer una edición anotada de los tomos de BIELSA me hizo comprar una *Apple*, U\$S 2.500, porque era la tecnología que utilizaba en ese momento la editorial en cuestión.

Casi de inmediato cambiaron de tecnología y eligieron lo que yo había elegido antes. Con lo cual la hermosa *Apple* de U\$S 2.500 está en lo que fue habitación de uno de mis hijos, arrumbada a la espera que alguien la quiera, no sé para qué.

Habrà que tirarla, no queda otro remedio. Si la vida humana no es eterna ¿por qué habrían de serlo los utensilios humanos? Todo, vida y bienes muebles, perece. Nada se construye o fabrica con una larga vida útil, porque no tiene sentido: El cambio tecnológico llega antes que el cansancio de los materiales.

Los inmuebles construidos duran un poco más, pero también envejecen y se deprecian. No sobreviven al paso del tiempo.

Hay excepciones, desde luego, como las piràmides egipcias y otras maravillas que se valorizan con el tiempo; por su parte, el suelo mantiene su valor en tanto no se desertifique...

Es una ley de la existencia, tener necesariamente fin.

Todo muere, todo perece, menos las ideas... si se ha tenido la precaución de compartirlas al mundo a través de *Internet*.

16.7. La red ARNET de ENTel

Estaba anunciado en el país, en la época de ENTel, que se estaba construyendo la red ARNET, una suerte de pre-*Internet*. Como era una empresa pública, se sabía por adelantado lo que costaría inscribirse e incorporarse al nuevo sistema: U\$S 2.000. Los junté y guardé, dispuesto a incorporarme a la red ARNET en cuanto estuviera habilitada.

Cuando una mañana los diarios anunciaron que se había abierto la inscripción, mandé mis U\$S 2.000 y fui el inscripto número 1.

Pero fui preterido y los 400 lugares disponibles se los dieron todos a entidades bancarias y financieras. Alguien en el sistema paralelo administrativo había resuelto que otros necesitaban la red ARNET más que yo. Tal vez tuvieran razón y no intenté siquiera recuperar el dinero porque me hubiera costado más esfuerzo y horas de trabajo lograrlo y estaría luchando contra el para-sistema que había funcionado de esa manera.

Muchos años después fui asesor honorario del Ministro del ramo, en democracia. Le comento la circunstancia y motivó su genuino enojo contra el sistema que dependía de su cartera ministerial. Hizo una larga nota de Ministro ordenándole a ENTel atender a su suscriptor número 1, quien aquí escribe.

ENTel me informó por escrito que cómo no, ARNET estaba a mi disposición. Único problema, era obsoleta a su vez. Mis U\$S 2.000 quedaron sacrificados en el altar de la tecnología, esta vez en manos de una empresa estatal argentina, hoy inexistente.

¿Me arrepiento? No, es el costo de estar atento a los cambios de la tecnología. Es como en el 2013 comprar la *notebook/tableta ASUS*, sin posibilidad de examinarla pues sólo se vendía por teléfono. No debí haberla comprado, pues es inferior a la *Apple*. Es difícil no equivocarse haciendo, pero no haciendo actualización alguna, ni siquiera intentos, se comete un error más importante.

16.8. *Un balance distinto*

Voy a contar ahora una realidad diferente, al estilo de CARLOS CASTAÑEDA. Una vez puse en números el balance económico financiero de un viaje al África por motivos académicos. Quedó anotado en los *mails* que hace una década mandaba a mis colegas interesados en el derecho administrativo, como un *personal trainer* intelectual.

Ver el Libro II de este t. 10, sección I, "Mails," cap. II, § 18.1, pp. M-62 / 430 a M-67 / 435.

Aquella cuenta salió mal. El trabajo escrito que hice como relator pude publicarlo en castellano pero me fue rechazado para su publicación en inglés por la revista de *la organización que había organizado el evento y propuesto el tema*.

Allí descubrí la esencia de una organización a cuya revista dediqué, como parte de su consejo de redacción, más de una década de esfuerzos y viajes pagados de mi peculio. *Temas desafiantes y de avanzada para sus congresos en el tercer mundo*; pero esos temas no son para la revista, que es del mundo desarrollado.

Así me lo explicó el entonces director canadiense de la revista, a quien escribí furioso, como también escribí furioso a la organización, cuyas cuotas nunca más pagué. Al director canadiense le hice un gran envío por correo privado con todos mis volúmenes, todos los que tenía disponibles.

Entre eso y mis cartas entendió el mensaje, supongo, pues renunció a la dirección de la revista.

Enhorabuena.

He tenido conductas comparables y resultados equiparables en otras organizaciones internacionales. No me arrepiento ni las puedo contar. Ese es mi padre, ese soy yo.

Mi padre contaba un chiste: “Me gusta pelearme con los grandotes, por el ruido que hacen cuando se caen.”

No soy una persona fácil ni tolerante con el error manifiesto, ni con la carencia de las tres virtudes cardinales que enunció FLOGAITIS. (*Infra*, p. XIV-2 / 320.) En los cuerpos colegiados que integré en mi vida (consultivos, normativos, arbitrales, ejecutivos, judiciales) nunca dejé de expresar mi opinión, en el debate interno, si era distinta de las demás.

Cuando el organismo colegiado tiene la tradición de decidir por mayoría pero consignar el resultado sin expresar disidencias, he seguido desde luego la regla consuetudinaria.

A veces hay que estar dispuesto a pagar el precio de la libertad de pensamiento y de conciencia. Es mi entrenamiento de abogado litigante; de la lucha por el derecho que leí a los 17 años y contribuyó a mi elección profesional.

¿Debo lamentarme, en el sentido que de vivir de nuevo todo el mismo proceso, evitaría repetirlo? No lo creo, pues lo que así incorporé también fue mucho y se agrega a todo lo bueno y lo malo que he aprendido.

¡Tengo tantos “errores” acumulados de este modo!

16.9. *El balance final, sin números*

Pero lamentarse no sería distinto a quejarse de lo que cuesta atender la salud, los medicamentos, los profesionales y demás prestadores del sistema sanitario. Si se quiere y puede mantener la salud, entonces hay que pagar el costo de su atención preventiva.

Lo mismo ocurre con la tecnología, con la diferencia que ella hace al funcionamiento del cerebro, a la destreza y rapidez para trabajar con la inteligencia, a la propia competitividad en el mercado.

Si quiero que mis ideas tengan impacto, tengo que proveer a su difusión por las tecnologías actuales. En esta circunstancia histórica no llega a superar el costo-beneficio otra divulgación de las ideas que por *Internet*. Si alguien quiere también publicarlo en papel, es libre de hacerlo.

Internet ha tomado un impulso gigantesco y grandes empresas se dedican a volcar a ella textos, noticias y diarios o notas aparecidas en papel. Todo se va digitalizando y creo que si aparece un medio tecnológico ahora desconocido de

manejar ese tipo de información, la migración será mucho más barata, fácil y rápida. Más aún, no será una migración a lo digital de lo que primero está en papel, será la primacía de lo digital por sobre lo supletorio del papel. No hay migración, todo nace en forma digital.

Todavía no terminé de hacer gastos o inversiones percederas. Van apareciendo, o me voy enterando de nuevos aparatos o programas que no conocía o no existían, que hacen de mejor modo lo que yo antes efectuaba de una manera primitiva, por ejemplo el almacenamiento de la vieja información digital. El sistema de *server* que tenía en el estudio también ha quedado obsoleto y tuve que cambiarlo, como el almacenamiento en disquetes rígidos, antes en *floppy disks...* y así en más. Todo se tira por obsoleto e inútil, más a la corta que a la larga.

Las actualizaciones automáticas y gratuitas de todos los *software* que uno adquirió son una realidad contemporánea, imposible de no seguir.

16.10. *El balance de mis descendientes*

Estoy seguro que recordarán la lección, que viene con todo el bagaje de lo bueno y lo malo que he recibido y puedo haber transmitido. Espero seguir ganándome el costo creciente de mi supervivencia como para que ellos no me tengan que mantener en mis años finales, si pueden, como yo tuve el privilegio de ayudar a mis padres.

No creo tampoco que me pase lo de la anécdota que cuenta, de boca de un tercero, BIOY CASARES, *op. cit.*, p. 484, de AGUSTÍN P. JUSTO, a quien su hijo le reclamó el anticipo de lo que le correspondería por herencia futura. Según BIOY, JUSTO “se disgustó, le dijo que se llevara todo lo que quisiera, se inclinó sobre la mesa y murió.”

Hizo a su manera una versión de lo que, según una anécdota contada por BIELSA, haría un honorable ministro, muchísimo tiempo después. Al pedirle el presidente un cargo para un amigo suyo en el ministerio, el ministro metió la mano en el bolsillo y dijo, “Justamente tengo uno disponible” y le dio la carta previamente escrita, a la que le faltaba la fecha y firma, que allí colocó. Era su renuncia indeclinable al cargo de ministro, que llevaba lista sin firma precisamente para una ocasión como ésa.

No tengo preparada mi muerte para algún reclamo intempestivo, porque sé que **no** se producirá. Esa parte de la herencia moral de mi padre, acertada o equivocada, estoy seguro que ha sido recibida por mis hijos. Puede haber siempre, sin duda, pedidos al desprendimiento paterno mientras haya fondos, como yo le pedía en su momento a mi madre.

Qué herencia dejarán a sus propios hijos es cuestión de ellos, aunque los tiempos nuevamente **no** parecen promisorios, como no lo fueron para mis padres, aunque con creatividad, inteligencia y sacrificio pudieron superarlos.

17. *La tableta vs. la Notebook*

Al escribir este punto dentro del total del libro, intenté utilizar la *Notebook*. Al sentirme cansado, apago la *Notebook* para que de paso se enfríe (no tengo, donde

escribo en este instante, los sistemas adicionales de enfriamiento para suplir la insuficiencia de ventilación interna) y al llegar a la habitación para ver algo de televisión se me ocurre, antes de recostarme o encender la televisión, una nueva idea.

Vuelvo pues al comedor para escribirla. *Esto es una regla de oro. Jamás desprecio una idea antes de escribirla y, por ende, conocerla.* Hay tiempo para escribir en el acto, nunca para recuperar una idea que se fue. Mientras regreso hacia la mesa y espero que la *Notebook* se re-encienda, casi pierdo la idea.

Luego de escribirla (mejor que lapicera y papel, claro está), tuve que ir a casa un par de días después, ponerlo en red con las demás computadoras, subirlo a la primera (*notebook*, PC, *All in one*) y de allí pasarlo como *addenda* a *iTunes*, luego a las demás computadoras y tabletas, para ubicar los párrafos en los lugares pertinentes.

Conclusión: No escribo más en las PC o *notebooks*, ni siquiera con la maravillosa pantalla plana de la *All in one*. Me entregué por el momento a las tabletas, de las cuales uso varias en paralelo, todo el tiempo.

Con estar conectado a *Wi Fi*, basta que suba un documento a *iTunes* para que en un par de segundos baje a las otras tabletas, con automaticidad. Si se trata de un libro, por ejemplo éste, la copia en la segunda tableta empieza cuando la versión de la primera aún se está guardando. Es instantáneo.

Logro con ello un doble ejemplar en las tabletas, un *back up* en la nube y seguir trabajando sin pausa, en la otra tableta, cuando se acaba la batería de la que esté utilizando. La enchufo para que se cargue y sigo utilizando la otra, u otras.

El aparente disparate del personaje “*Penelope García*” en *Criminal Minds*, trabajando con varias computadoras simultáneas, ha sido tan exitoso que en otra variante de *Criminal Minds* cambiaron todos los demás actores y personajes, menos el de ella.

Ahora las series policiales estadounidenses tienen necesariamente personajes tecnológicamente actualizados. A veces casi todos lo son, salvo el jefe algo mayor... (NCIS.)

Absurdo o no, no importa, pues el trabajo y el placer de la escritura es así muchísimo más rápido y no hay que distraerse demasiado, salvo en la continua adquisición de destreza en el manejo de todos los cambiantes adminículos. Ese aprendizaje y entrenamiento es un costo adicional de obtener los beneficios de la constante actualización tecnológica. En el pasado he dado una impresión surrealista con tanta parafernalia.

Ahora hago mucho más, mejor, más fácil, con mejor aprovechamiento del tiempo, todo el tiempo, con más discreción. O tal vez es el artefacto adecuado que me llega en el momento justo.

El sueño de STEVE JOBS, que los estudiantes no fatiguen sus espaldas cargando múltiples textos en sus mochilas, se ve ahora realizado, gracias a él. Queda la

esperanza que luego aparecerá el aparatito nuevo, que cumplirá todas aquellas funciones al mismo tiempo y algunas más.

18. *¿Será al fin la pobreza otra vez?*

Se advierte de lo que cuento que nací en la pobreza y salí de ella. Que pude educar a mis hijos, en la medida que lo quisieron. Que pude ayudar a mis padres a tener una vejez digna.

Pero aunque no lo haya dicho, los de mi generación sabemos al presente que los tiempos no permiten que nuestros hijos puedan hacer lo mismo por nosotros. Le toca a la siguiente generación reiniciar el ciclo, como lo probaron en el pasado las constantes migraciones desde y a Europa, ahora hacia los Estados Unidos.

Los de mi generación, pues, quedamos por ahora solos frente al futuro.

No olvido que los sistemas jubilatorios jamás han servido en el país, al menos al común de la población, para una vejez que no sea otra cosa que el regreso a la pobreza. La administración pública no resiste la tentación de apropiarse indebidamente de las reservas para los fondos jubilatorios, ni ha sido nadie procesado por esa malversación de caudales públicos. El fenómeno se repite en forma constante en nuestra historia.

Por ello, lo más a lo que se puede aspirar es a haber hecho un fondo personal de jubilaciones, la propia inversión para ir disponiendo de ella a medida que se necesite, en lo posible con el objetivo de no recaer en la pobreza si la muerte se demora más allá de los bienes adquiridos o la capacidad de volver a generarlos. Conociendo mi país y su historia, jamás cruzó por mi mente confiar en las AFJP que el Estado, para mí previsiblemente, habría de confiscar este siglo. Las jubilaciones fueron siempre la “variable de ajuste” de nuestro sistema estatal.

Es progresivo comerse los ahorros y también parte del capital en el lento tránsito final, sin saber si se alcanzará a sobrevivirlo, lo cual es harto difícil con el costo actual de la medicina y la expectativa creciente de años, no de *calidad*, de vida.

Y mientras tanto seguir haciendo los gastos e inversiones necesarias para tener la aptitud de generar ingresos en cada nuevo contexto.

Tal vez otra visión más optimista podría señalar que tenemos un sistema fiscal adecuado para solventar los gastos corrientes e inversiones del Estado en salud, educación, vivienda y un sistema de pensiones para quienes no puedan físicamente trabajar.

Una mejor utilización de los recursos públicos, sin ahuyentar inversiones, permitiría atender el gasto social (y de pensiones, no el sistema jubilatorio, un resabio inviable del Estado de Bienestar en la realidad argentina de las recientes décadas), sin endeudamiento excesivo y con equilibrio fiscal.

19. *Distintas pobrezas, hoy. Los asentamientos urbanos*

La pobreza vivida y que en este libro relato no me exime de al menos tomar nota de la pobreza que veo hoy a mi alrededor, ahora que transito —muy lento, espero— mis últimos, ojalá muchos años.

En este punto debo cambiar el registro, porque no voy a hablar de algo vivido, sino de algo advertido de lejos con la mente, aunque sin tanta lejanía física que no haya podido mirar, al menos, parte de lo que comento y con ello contar mi desasosiego ante una realidad más brutal.

Hice lo que pude en las circunstancias que me tocó vivir, pero al acercarse el final y recordar el pasado, no puedo sino percibir que al presente existen otros bolsones de pobreza, quizás nuevos, quizás peores.

Un gobernador de Corrientes, de familia acaudalada, me decía a comienzos de la década del 70 que entendía cómo y por qué los pobres de su provincia partían para las villas de emergencia de Buenos Aires.

—“Quien vive en una tapera del campo en Corrientes, sin luz eléctrica, con agua a dos o tres kilómetros, estará mejor en un asentamiento de Buenos Aires. Pues allí el agua la tendrá a cien o doscientos metros, posiblemente obtenga luz eléctrica “colgándose” de algún cable, tiene más posibilidades de conseguir trabajo y el fin de semana, si tiene plata se puede ir a ver un partido de fútbol y si no, por lo menos puede ir a pasear por la calle Florida.”

No lo sé. Vayan pues con mis excusas a los pobres de hoy mis dolidas reflexiones de un pobre de ayer, impotente ante la realidad que ahora encuentra. Mi padre pudo salir de la pobreza en la cual nacimos sus hijos y aún más, lograr que uno de esos hijos, además de superar aquélla, pudiera proyectarse al mundo, viajar, disfrutar trabajando y estudiando; pensar y observar, crear.

Pero la mirada sobre el mundo se vuelve estéril frente a la cambiante realidad que me toca observar en estos últimos años. Para ir a la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, desde los diecisiete años en adelante, hice el mismo recorrido desde Avellaneda hasta Figueroa Alcorta, pasando por Retiro. En la Facultad de Derecho, en los ventanales de atrás veíamos las vías del ferrocarril, trenes yendo y viniendo, nada más.

En Retiro, desde varias cuadras antes había galpones y otras construcciones que albergaban un imponente parque de diversiones y diversas clases de negocios, talleres mecánicos, espectáculos; en la Costanera estaban antes solo los galpones aduaneros con ingreso custodiado por prefectos armados. Todo ese entorno ha ido cambiando profundamente en pocos años.

Si hago un *flashforward*, desaparecieron los galpones de Retiro y se remodelaron los depósitos aduaneros. Ahora hay grandes bolsones de riqueza en Puerto

Madero, con vista privilegiada al río, en un lugar todavía custodiado por la Prefectura, sin los controles de ingreso del pasado. Rascacielos más, rascacielos menos (según mi modificación del cuento santiagueño), parece un barrio de Nueva York.

Pero también cambiaron otras realidades. Las eternas villas o asentamientos irregulares de otras zonas de Retiro fueron desalojadas para reinstalarse en la misma zona. Ya no son de emergencia, entraron al sistema socioeconómico en forma permanente.

Con el tiempo primero se extendieron en superficie y luego crecieron en altura. Cuando viajo hacia la Facultad de Derecho o hacia el norte de la ciudad también puedo verlos desde la autopista, en distintos lugares, comenzando desde Retiro pero replicándose en todas direcciones.

Ver las fotografías y planos agregados, en la versión de *Internet, I mezzi di trasporto da Buenos Aires*, en <http://gordillo.com/articulos/art5.pdf>.

La cercanía con el centro de la Ciudad es cada vez más notoria; el fenotipo urbano de los alrededores va cambiando. En otras partes de la Ciudad ocurrió igual con otros asentamientos, que se aproximan a constituir un corredor o cordón urbano de asentamientos irregulares.

¿Cómo miro estos asentamientos crecientes, con la aparente paz interior y estabilidad actuales?

¿O con la mirada del pasado no tan lejano? Pues es una única persona a la que le toca ver los dos extremos, tan cerca de uno como el otro; como si nuestro país fuera la India o Brasil en cuanto a la desigualdad, pero con infinitamente menor producto bruto interno y poderío económico.

Contesto de entrada que no lo sé, pero mi desasosiego se inserta en el mundo de mis intrigas y reflexiones, ensayos y comentarios pero no investigaciones.

"The economy of cartoneros," en <http://gordillo.com/articulos/art8.pdf>. También se llega al sitio poniendo el título en Google.

Si bien no nací ni viví en uno de ellos, existen demasiados paralelismos mentales con la pobreza de mis padres como para que el tema no deje de tocar alguna fibra íntima, aunque las materializaciones de la pobreza hayan sido diferentes.

Ver también *supra*, p. IV-1 / 147 y IV-2 / 148.

Nací en la pobreza del pueblo de Ascensión, terminé mi infancia y transcurrí la adolescencia en la pobreza o clase media baja orillera de la Avellaneda de entonces.

Ahora vivo como clase media alta en las proximidades de Santa Fe y Cerrito, lugar al que también acuden los habitantes de los asentamientos cercanos de la Villa 31 y 31 *bis*. Un amigo que vive cerca, en la calle Posadas, dice con ácido humor estar en la "Villa 32." Otro amigo me muestra, en la escuela de "cinco esquinas," la misma integración social. Algo parecido cuentan mis amigos italianos de los pisos "nobles" de hace un par de siglos, compartidos en todos los

edificios con otros pisos de clases media y baja, con escalera común, como una de las razones de no haber tenido ellos la revolución francesa.

Durante muchos años miré los asentamientos irregulares como una excepción en la ciudad, pero luego he ido tomando cada vez más nota que se trata de un fenómeno creciente y en definitiva connatural a esta ciudad, que se ha fomentado desde el poder público con la copiosa entrega oficial de materiales de construcción para que el asentamiento crezca, incluso verticalmente.

Lo del apoyo oficial con entrega abundante de materiales de construcción surge del creíble aunque moral y jurídicamente objetable libro de SCHOKLENDER, aparecido en 2011.

Las políticas de erradicación de asentamientos urbanos que se utilizaron en el último gobierno militar han sido abandonadas como sistema; se trata en cambio de consolidarlos allí donde están y contribuir a su denominada urbanización.

Digo *llamada* “urbanización,” porque no se pretende introducir el código urbanístico a lo que nació fuera de él, sino amoldar o corregir algunos extremos y proveer algunos servicios y amenidades a las comunidades existentes, en la medida que ello sea posible sin grandes modificaciones del *hábitat*: Calles de acceso, pequeñas plazas y reconocer de hecho la perpetuación de la anormalidad edilicia que les es propia desde su nacimiento.

Uno de los problemas con que se convive en los asentamientos irregulares es muy diferente de todas las clases de pobreza que he conocido y recuerdo en la contada por mis padres. Es que los asentamientos irregulares, por su configuración de calles tan angostas que impiden físicamente el acceso de móviles policiales o ambulancias, a veces se utilizan como guaridas de delincuentes que explotan a los trabajadores que viven allí, cobrándoles un peaje y produciendo en general mayor inseguridad.

El gobierno nacional ha realizado en algunos casos operativos, con gran empleo de personal de gendarmería, que rodeando el asentamiento logran un censo progresivo de su población estable, con el efecto directo que los que practican la criminalidad buscan otros lugares para reubicarse y seguir en el delito.

Al mismo tiempo que observo este contexto cotidiano, recuerdo y comparo todos los laberintos del primer mundo europeo, algunos nacidos desde la edad media y que el sucesivo paso de los siglos ha consolidado como lugares que no son nichos pobres y hasta pueden lucir poderío económico.

El *Trastevere* de Roma es un ejemplo, Venecia otro, las callejuelas y laberintos de París o Londres otros más y así sucesivamente. Esos siglos que han pasado desde los orígenes medievales caóticos de la urbanización sin norma en Europa, aportando progresivo aunque lento desarrollo socio-económico, haciendo lugares deliciosos por lo pintoresco de lo que alguna vez fueron antros de miseria, no deja de provocarme al mismo tiempo una sensación de lentitud exasperante en

el cambio. El futuro será mejor no tanto para las personas físicas que hoy viven en tales asentamientos, sino para las ciudades que visitará el turista del futuro.

Mientras tanto, se puede rescatar del pasado siglo XIX la memoria contada por MATILDE SERAO, *Il ventre di Napoli*, accesible en *Internet*. Lo que cuenta la pasión de SERAO es más dramático, sin duda, que la realidad de los asentamientos actuales en Buenos Aires, casi un siglo y medio después. Pero muestra el sendero de la historia urbana.

No sé si pudiera haber hecho mi carrera, tal como aquí la cuento, si mi nacimiento, en lugar de haberse producido en el centro asfaltado de un pueblo, se hubiera producido en esta nueva realidad habitacional urbana. No sé cuántos, quiénes ni cómo han salido de la pobreza de los asentamientos urbanos irregulares de hoy. No sé cómo se hubiera manejado mi padre, aunque en su homenaje debo decir que hubiera luchado denodadamente.

La pobreza que viví no estuvo ligada al hambre, sino al miedo al hambre. Tampoco sería honesto decir que ahora le tengo miedo al regreso posible a la pobreza, pero no tengo dudas que las mayores esperanzas de longevidad me llevan a otro contraste. Como no estoy jubilado, sé también que si me jubilo mi ingreso no me alcanzará para atender y cuidar mi salud o mi actualización tecnológica, vivir con el confort a que he llegado.

No puedo confiar en el Estado para atender mi salud y prevenir enfermedades; el sistema tributario ni siquiera me permite descontar todos mis gastos médicos documentados y probados. No tengo más remedio que tratar de mantener lo que he logrado para que me dure hasta la partida final.

Como me decía un médico que me atendía pero fallecería en enero del año siguiente y conocía su enfermedad terminal:

—“Alguna vez todos fuimos jóvenes y quisimos salvar al mundo.”

No recuerdo si he querido salvar al mundo, sí ayudar a que mi país mejorara institucionalmente, que hubiera menos abuso de poder, que rigiera el Estado de Derecho y el Estado de Bienestar, todo lo que mi tratado explica. Pero ni siquiera en esos objetivos he tenido éxito, han ganado la batalla los que defienden el *status quo*.

Por ello quiero reflejar aquí el comentario de un amigo mío muy religioso. Ambos contábamos que habíamos nacido en la pobreza y tenido el mismo consejo paterno de estudiar y continuar los estudios luego de la obtención del diploma, no empezar todavía a trabajar.

Y cómo habíamos tenido la oportunidad, ambos, no solamente de ayudar a nuestros hijos, lo cual es normal, sino también de ayudar a nuestros padres.

—“¡Es una gracia, Agustín, es una gracia!”

Él utilizaba la frase en sentido religioso, como se advierte, pero lo cierto es que muchas personas de mi edad no creen que el ciclo se vaya a repetir de inmediato en las primeras generaciones siguientes.

Ese estado de gracia no es fácilmente repetible.